Vulnerabilidad fundamental

En *Tótem y Tabú* (1913), Freud describe una horda primordial hipotética (presupuesta por Darwin, que buscaba en los monos un esbozo del comportamiento social primitivo humano), que contaba con un padre violento y celoso y reservaba a todas las mujeres de la horda para sí y expulsaba a los hijos varones luego que crecían. Como dice Freud, “un dia los hermanos expulsos se unirán, se aliarán, matarán y devorarán al padre. Unidos osaron hacer y llevar a cabo lo que individualmente hubiera sido imposible.” (Freud, 1913/2003, p. 160)

Después de la muerte del padre de la horda primitiva, debido a la conjunción de los hermanos, queda instituída la prohibición del incesto, para que ninguno de ellos tenga nuevamente el privilegio que un dia tuviera el padre. Con eso, aquel que se atreviera a ocupar el lugar del padre, se arriesgaría a ser asesinado como lo fuera él. Como dice Freud,

La necesidad sexual no une a los varones, sino que provoca desavenencias entre ellos. Si los hermanos se habían unido para avasallar al padre, ellos eran rivales entre sí respecto de las mujeres. Cada uno habría querido tenerlas todas para sí, como el padre, y en la lucha de todos contra todos se habría ido a pique la nueva organización. Ya no existía ningún hiperpoderoso que pudiera asumir con éxito el papel del padre. (Freud, 1913/2003, p. 146)

La nueva organización supone, por lo tanto, una convivencia de alianza entre los hermanos, que renunciarían al poder garantizando la vida de cada uno del grupo y de las mujeres de su propio grupo. El parricidio y la prohibición del incesto hacían necesaria la búsqueda de mujeres fuera del clan primitivo.

Podemos decir que la institución de la prohibición del incesto es el hecho más importante para la constitución de la cultura. Es considerada la primera ley negativa de la exogamia. Una prohibición como esa implica una búsqueda necesaria de las mujeres fuera del clan, pero no de manera aleatoria, ni individual, como en la condición del estado de la naturaleza. Según Dumont, Lévi-Strauss considera la prohibición del incesto como una “expresión negativa” y parcial de una ley de cambio universal, del principio universal de reciprocidad. Ella vendría a instaurar una relación de alianzas entre familias, o sea, inaugurar las relaciones de alianzas sociales. (Dumont, 1997, p.117) En las palabras de Lévi-Strauss,

El hecho de la prohibición del incesto debe ser vista de manera enteramente independiente de las reglas de sus modalidades, la constituye como uma regla, por excelencia. Pues la naturaleza abandona la alianza al acaso y a la arbitrariedad, de tal modo que se convierte imposible a la cultura introducir un orden, sea cual fuere su naturaleza. El papel primordial de la cultura es garantizar la existencia del grupo como grupo, y, por lo tanto, introducir en este campo la organización de lo aleatorio. La prohibición del incesto constituye determinada forma – o más exactamente, formas muy diversas – de intervención. Pero antes de cualquier cosa ella es la Intervención. (Lévi-Strauss, 1967, p. 38)

Además, según Keck, en *Lévi-Strauss, una introducción (2011)*, “no es porque hay una interdicción que la prohibición del incesto es una regla, sino que ella es la regla mínima en la cual es instaurada la interdicción y de la cual se convierte en posible, por su vez, todas las reglas positivas.” (Keck, 2011, p.90) De modo que la característica universal de la prohibición del incesto, no encierra un valor en sí mismo, al contrario la universalidad sería justamente una forma vacía que permite la constitución de los diversos valores. Freud nos dice que

ese estado primordial de la sociedad no ha sido observado en ninguna parte. Lo que hallamos como la organización más primitiva, lo que todavía hoy está en vigor en ciertas tribus, son las *ligas de varones* compuestas por miembros de iguales derechos y sometidos a las restricciones del sistema totemista. (Freud, 1913, p. 143)

En vista de eso, es forzoso reconocer que Lévi-Strauss tiene razón: el psicoanálisis de hecho se habría volcado para las teorías sociológicas, de un Robertson Smith por ejemplo, al rescatar al jefe primitivo como “padre simbólico”, representado por el tótem. En las palabras de Freud,

El psicoanálisis nos ha revelado que el animal totêmico es realmente el sustituto del padre, con ello armonizaba bien la contradicción de que estuviera prohibido matarlo em cualquier otro caso, y que su matanza se convirtiera en festividad; que se matara al animal y no obstante se lo llorara. La actitud ambivalente de sentimientos que caracteriza todavia hoy al complejo paterno en nuestros niños, y prosigue a menudo en la vida de los adultos, se extendería también al animal totémico, sustituto del padre. (Freud, 1913/2003, p. 143)

Aún cuando la antropologia estructural y el psicoanálisis presenten pocos puntos convergentes, esas disciplinas concuerdan con el hecho de que la prohibición del incesto sea el marco inaugural de la cultura. De acuerdo con el psicoanálisis esa prohibición sólo ocurre por el asesinato del padre de la horda primitiva, como hemos mencionado anteriormente.

A pesar del sarcasmo levistraussiano en relación al totemismo, noción que estaría contaminada por los prejuicios teóricos relativos a la sociologia antigua y ademas con un *a priori* desmentido por la observación de campo dotada de conceptos pertinentes a la etnografía, el psicoanálisis freudiano está lejos de ser una fantasía, dado que también presenta una construcción teórica apoyada y amparada en una clínica propia.

Volvemos entonces al psicoanálisis, en relación con la narrativa totémica. Después de la muerte del padre primordial, los hermanos lo devoraron y lloraron su muerte. Aunque los hijos hayan tenido una actitud hostil por el hecho de odiar al padre, también sentían admiración por su poder y por su fuerza. A pesar de tener ese lugar deseado, nadie más osaba ocupar el lugar del padre. La actitud ambivalente surgiría entonces por el odio y por el deseo de ser como el padre.

Es entonces a partir de la idea del banquete totémico y del animal sacrificial de Robertson Smith que Freud los asoció al complejo paterno: “La forma más antigua del sacrificio fue pues, el sacrificio de animales, cuya carne y cuya sangre tomaban en común el dios y sus adoradores.” (Freud, 1913/2003, p. 136) O sea, el sacrifício animal exigía que todos comieran y bebieran juntos, en un banquete en el que se conmemoraba la solidaridad mutua con la divindad. El ritual sacrificial, que se convirtió en símbolo, se basaba en antiguas ideas de que comer y beber junto con otra persona las unía en una comunión social en que poseían obligaciones recíprocas. (Freud, 1913/2013, p. 137)

El animal sacrificado en lo banquete comunitario era el animal que daba origen al tótem o al clan. El animal totémico era un dios primitivo, intocable, inviolable y sólo podía ser consumido en un ritual colectivo entre los miembros del clan, pues en ese ritual se celebraba la renovación y la semejanza entre los miembros del clan y su dios. (Freud, 1913/2013, p. 140) Un ritual como ese envuelve el lamento y el duelo alrededor de la muerte del animal sagrado, más es ese justamente el momento permitido para una conmemoración festiva, en la que ocurre la ingesta de la substancia del tótem, habiendo consecuentemente una identificación con él: “desencadenamiento de todas las pulsiones y la licencia de todas las satisfacciones.” (Freud, 1913/2013, p. 142) Es en ese sentido, por tanto, que Freud aproxima el animal totémico a un substituto del padre:

El violento padre primordial era por cierto el arquetipo envidiado y temido de cada uno de los miembros de la banda de hermanos. Y ahora, en el acto de la devoración, consumaban la identificación con él, cada uno se apropiaba de una parte de su fuerza. El banquete totémico, acaso la primera fiesta de la humanidad, sería la repetición y celebración recordatoria de aquella hazaña memorable y criminal con la cual tuvieron comienzo tantas cosas: las organizaciones sociales, las limitaciones éticas y la religión. (Freud, 1913, p. 143-144)

Si por un lado tenemos que solamente con la unión entre los hermanos es que la muerte del padre puede ser consumada, hecho fundamental para que la cultura se constituya, sabemos también que en 1930, Freud considera ese acto violento como un acto de consecuencias fundamentales para la cultura humana. Este sería el principal responsable por el malestar en que subyace la vida en sociedad, una vez que se desarrolla en torno del odio al padre. En las palabras de Freud ya en 1913,

La sociedad descansa ahora en la culpa compartida por el crimen perpetrado en común; la religión, en la conciencia de culpa y el arrepentimiento consiguiente; la eticidad, en parte en las necesidades objetivas de esta sociedad y, en lo restante, en las expiaciones exigidas por la conciencia de culpa (Freud, 1913, AE, p.148).

Sin embargo, podemos decir también que tanto la unión como el acto consiguiente de la unión traen consigo una nueva condición para los hermanos. Ese lazo entre los hermanos es enteramente nuevo, un lazo que pasó a existir, justamente para que el asesinato del padre pudiese ocurrir. El lugar del padre, tal como estaba ocupado los enfrentaba con una condición imposible de querer ser y estar como el padre:

La familia fue una restauración de la antigua horda primordial y además devolvió a los padres un gran fragmento de sus anteriores derechos. Ahora había de nuevo padres, pero las conquistas sociales del clan fraterno no fueron resignadas, y la distancia fáctica entre los nuevos padres de família y el irrestricto padre primordial de la horda fue lo bastante grande para asegurar la perduración de la necesidad religiosa y la conservación de la insaciada añoranza del padre. (Freud, 1913, AE, p. 151)

Esa nueva familia, aunque compuesta también por el lugar del padre, que vendría a ser ocupado por alguno de los hermanos y no por el más fuerte, contaba con una condición diferente, de modo que era entonces necesario buscar un nuevo estatuto para el padre fuera de la horda y dentro de la cultura que se instauraba. Con eso ese lugar del padre contiene también la envidia, la culpa y, sobretodo, el vacío que presenta ese lugar y esa nueva condición. Un vacío que, podemos pensar, transforma la cultura y se inscribe en el individuo.

Así, la muerte del padre producida por la unión de los hermanos habría dejado “huellas imperecederas en la historia de la humanidad”, las cuales se expresan en “formaciones sustitutivas.”(Freud, 1913/2003, p. 156) Esas formaciones no serían otra cosa que procesos psíquicos incorporados y transformados a lo largo del tiempo, que en la actualidad componen nuestras disposiciones psíquicas. Como resalta el propio Freud, la *conciencia de culpa* omnipresente, inmemorial, sea en el ámbito de la neurosis, sea en el ámbito cultural, sería una consecuencia de esos crímenes primordiales. O sea, podemos reconocer los trazos dejados por la humanidad no sólo en la incorporación de las disposiciones psíquicas del individuo, sino también en la propia sociedad. De ese modo Freud anuncia que,

en el complejo de Edipo se conjugan los comienzos de religión, eticidad, sociedad y arte, y ello en plena armonía con la comprobación del psicoanálisis de que este complejo constituye el núcleo de todas las neurosis, hasta donde hoy ha podido penetrarlas nuestro entendimiento. Se me aparece como una gran sorpresa que también estos problemas de la vida anímica de los pueblos consientan una resolución a partir de un único punto concreto, como es el de la relación con el padre (Freud, 1913, AE, p. 158)

En una carta (julio de 1915) a Ferenczi, Freud dice que en la época de la glaciación, la vida amorosa se hubiera convertido en agresiva y egoísta y la *neurosis obsesiva* sería una defensa contra ese tipo de vida que se había configurado. También como consecuencia de la renuncia a las mujeres del clan, se desarrollaría la demencia precoz (esquizofrenias). La paranoia, por su parte se defiende de la organización homosexual de la horda primitiva y la mania-melancolia emergiría de la identificación con el padre, y del triunfo de haberlo vencido.

 Queda en evidencia así, a través de esas hipótesis freudianas, que sea por las condiciones exteriores, sea por los propios actos humanos, a lo largo de la filogénesis surgieron algunos tipos de defensa contra la vulnerabilidad vivida.

Esa situación es repetida, ontogenéticamente, por la propia condición humana, por la inmadurez y dependencia del bebé, convirtiendo, en las palabras de Freud, en el *Projecto* (1895), “el desamparo inicial una de las fuentes de todos los motivos morales” (Freud, 1895/2003, p. 363). De esa manera, las defensas individuales también serían actualizaciones de las defensas de la especie, o sea, aunque no haya una amenaza exterior o una situación de vulnerabilidad semejante a aquella que existiera en el período de la glaciación, el individuo vive internamente esa vulnerabilidad.

Aunque el hombre contemporáneo no esté más a merced de la naturaleza como estuviera alguna vez, carga consigo la memoria inconsciente de esa vulnerabilidad ancestral. Reacciona como si su desamparo fuera completo, como si viviera en medio de la naturaleza hostil.

Hemos concebido los primeros preceptos morales y restricciones éticas de la sociedad primitiva como una reacción frente a una hazaña que dio a sus autores el concepto del crimen. Ellos se arrepintieron de esa hazaña y decidieron que nunca más debía repetirse y que su ejecución no podía aportar ganancia alguna. Pues bien; esta creadora conciencia de culpa no se ha extinguido todavía en nosotros. La hallamos en los neuróticos, operante de una manera asocial para producir nuevos preceptos morales, continuadas limitaciones, a modo de expiación de fechorías cometidas y a modo de prevención de otras por cometerse. Pero si averiguamos en esos neuróticos los actos que han provocado semejantes reacciones, sufrimos una desilusión (Freud, 1913, AE. P. 160).

Aún sin saber del acto criminal primordial, el desamparo y la vulnerabilidad son vividos por el neurótico contemporáneo sin que ocurra la existencia de una realidad exterior y factual. Las condiciones en que la familia renueva las relaciones establecidas recuperan de manera inconsciente tanto el lugar del padre un día deseado como el lugar de los hijos que cometieron el crimen primordial. O sea, la alianza y la culpa son reconstruidas y no pueden ser olvidadas. El desamparo es reiterado en el centro de cada familia y por eso se reproduce en esas relaciones familiares la propia ambivalencia, esto es, ese amor y ese odio destinados al padre. La ambivalencia, la culpa y el propio desamparo son transmitidos a cada generación, esto porque, en las palabras de Freud, en

primer lugar, a nadie puede escapársele que por doquier hemos hecho el supuesto de una psique de masas en que los procesos anímicos se consuman como en la vida anímica de un individuo. Sobre todo, suponemos que la conciencia de culpa por un acto persistió a lo largo de muchos siglos y permaneció eficaz en generaciones que nada podían saber acerca de aquel acto […] si los procesos psíquicos no se continuaran de una generación a la siguiente, si cada quien debiera adquirir de nuevo toda su postura frente a la vida, no existiría en este ámbito ningún progreso ni desarrollo alguno. En este punto surgen dos nuevas cuestiones: conocer el grado de continuidad psíquica que se puede suponer en la serie de las generaciones, y los medios y caminos de que se vale una generación para trasferir a la que le sigue sus estados psíquicos (Freud, 1913, AE, p. 159).

A partir de estos cuestionamientos, tenemos que considerar, tanto la transmisión de un esquema psíquico, como de un contenido psíquico inconsciente y no propiamente reprimido. En ese texto, Freud menciona apenas que existen predisposiciones. Entretanto sabemos que son los esquemas dados por las fantasias de las series complementares presentadas en la 23ª conferencia de 1916. Pero esas predisposiciones de la especie, o sea, la propia estructuraçión del aparato psíquico también depende de lo que es contingente, o todavía, individual. Lo que lleva a retomar las palabras de Goethe: “lo que heredaste de tus padres, conquístalo, para que lo poseas.” (Goethe apud Freud, 1913, AE, p. 159) Berenstein y Laurino, en una reseña que aborda la transmisión psíquica a lo largo de generaciones, dicen sobre esa frase de Goethe que “cabe a cada uno, de forma singular, apropiarse de lo que le fue transferido”.(Berenstein e Laurino, 2015, Percurso 55) Las autoras sugieren que el trabajo del psicoanálisis sería “inscribir los contenidos errantes en el psiquismo del sujeto,”[[1]](#footnote-2) esto es, dar una representación a aquello que pasa de generación en generación y que hasta este entonces era desconocido, mejor dicho que era transmitido “por el camino del inconsciente”, a través de “impulsos substitutivos y desfigurados”. (Freud, 1913, AE, p. 160) De esa manera, tenemos que los procesos psíquicos anteriormente sucedieron desde afuera y posteriormente fueran incorporados y transmitidos por actos, ceremonias, relaciones que vendrían a disfrazar ese inconsciente que se propaga, de modo que según Freud, fueron diseñados como ya se mencionó anteriormente, “los primeros preceptos morales y restricciones éticas de la sociedad primitiva.” (Freud, 1913/2013, p. 228) Esto ha hecho con que la conciencia de culpa seguiria en el inconsciente a lo largo de la filogénesis, repitiendo-se ontogeneticamente.

Si por un lado consideramos que la conciencia de culpa se propagó y aún la podemos encontrar en cuanto contenido psíquico del neurótico obsesivo como si hubiera realmente cometido un crimen, por otro tenemos que considerar la propagación de una nueva alianza entre los hermanos en cuanto fundamento psíquico, esto es, esa nueva alianza que fue incorporada sería el suelo psíquico relacional en que puede surgir la propia conciencia de culpa. La unión de los hermanos vino a proporcionar una nueva *Realidad* en el sentido del concepto metapsicológico tal como lo definen Abraham y Torok.(Abraham y Törok, 1995, p. 237-238) Esa realidad que así como el deseo, nace de la prohibición, “es comparable a un delito, hasta mismo a un crimen.” (Idem) Eso porque ella misma vino a limitar futuros actos criminales después del crimen primordial, ella ya nace “con la exigencia de permanecer escondida” una vez que vino por fin al deseo de ser el padre primordial. Con eso ella también exige otro estatuto para ese padre y consecuentemente acaba por velar y desfigurar el desamparo y la vulnerabilidad que los hermanos y nuevos padres cargan consigo. Esa vulnerabilidad es propagada en la forma de un secreto, en la forma de otra “realidad metapsicológica” que aquella otrora vivida.

***Bibliografía***

Abraham, N. e Törok, M. *A casca e o Núcleo*. Trad. Maria José Coracini. São Paulo: Escuta, 1987.

Berenstein, I. e Laurino, M. C. Palavras sepultadas sobre um morto-vivo sobreviverão trans-criptas [Os avatares da transmissão psíquica geracional] In: Percurso 55, dez/2015.

Dumont, L. Lévi-Strauss: les structures élémentaires in *Groupe de filiation et alliance de mariage*. Paris: Gallimard, 1997.

Freud, S. Proyecto de psicología (1950 [1895]) In : Publicaciones prepsicoanalíticas y manuscritos inéditos en vida de Freud. Trad. José Etcheverry. Buenos Aires : Amorrortu Editores, 2003

Freud, S. Tótem y tabú (1913). In : Tótem y tabú  y otras obras: 1913-1914. Trad. José Etcheverry. Buenos Aires : Amorrortu Editores, 2003.

Keck, F. Claude Lévi-Strauss, une introduction*.* Paris: Pocket/Agora, 2011.

Lévi-Strauss, C. Les structures élémentaires de la parenté. Paris : Mouton&Co, 1967.

1. Ibidem. [↑](#footnote-ref-2)